

porque, cual Juan, creía  
 que en el último día  
 todo el que sufre ha de tener consuelo,  
 ¡mandad, Señor, puesto que estamos ciertos  
 de que es la vida una incurable peste,  
 que convierta á los pueblos en desiertos  
 ese día en que un hálito celeste  
 ha de barrer los vivos y los muertos!

## DON JUAN

POEMA EN DOS CANTOS

Al más constante de mis amigos,  
*D. Ezequiel Ordóñez.*

### CANTO PRIMERO

LAS MUJERES EN LA TIERRA

#### I

Quando el Don Juan de Byron se hizo viejo,  
 pasó una vida de aprensiones llena  
 mirándose la lengua en un espejo,  
 prisionero del reuma en Cartagena.

Este gran desertor de las orgías  
 conoce, al fin de sus postreros días,  
 que, conforme envejece,  
 sin ser más respetable, es más risible,  
 porque es lo más alegre, en lo terrible,  
 ver á un antiguo Adonis que encanece;  
 y, aunque viejo, es un viejo tan amable  
 que, hablando sin rebozo,  
 aun después que acabó de ser buen mozo,  
 todavía es un tonto razonable;  
 y si tomando del placer consejo,  
 la juventud de su vejez prorroga,  
 y cree como de joven, siendo viejo,  
 que tiene la virtud algo que ahoga,  
 este hombre, libertino á sangre fría,  
 que jamás se mató por sus pasiones,  
 soporta con más pena cada día  
 el miedo que le dan las sensaciones;  
 y, ansiando bienes y esquivando males,  
 se parapeta sólo en su egoísmo  
 y se hace el más feliz de los mortales,  
 perdiendo por lo mismo  
 de condenarse por amor las ganas,  
 pues, después que se extinguen las pasiones,  
 yo he visto sorprendentes conversiones  
 á la verdad y á la virtud cristianas.

## II

Como era el caballero franco por genio y por carácter doble, aunque era, en mi opinión, un bandolero, solía ser un bandolero noble; y, como hombre colmado de cien felicidades por lo menos, siendo, cual buen galán afortunado, falaz despreciador que dice amores, por quedar como bueno entre los buenos se quiso despedir con cuatro flores de algunas, cuyos nombres no ha olvidado; é hilvanando recuerdos mal cosidos, con poca fe y escaso sentimiento (porque aquel gran rival de los maridos cultivó demasiado sus sentidos para ser muy sensible al pensamiento), un borrador trazó con mil ternuras, y escribió cinco cartas á otras cinco hermosuras, todas bellas, ardientes y maduras, nunca de amor aunque de amantes hartas:

«Deja (*aquí el nombre*) que en mi triste estancia recordándote llore; que te vea á mil leguas de distancia; que me postre á tus pies y que te adore.

»El recuerdo feliz de tu inocencia ennoblece el martirio del que está repartiendo su existencia entre la tos, la fiebre y el delirio.

»Además de lo mucho que te quiero (*aquí el nombre*) ¡oh querida! déjame que te siga, cuando muero, que era tu amor el centro de mi vida.

»No me mata el dolor que me ha postrado; quien me mata es tu ausencia; pues, sin tu amor, de mí se ha apoderado un horror increíble á la existencia.

»¡Es la pena mayor que estoy sintiendo el dolor de no verte!

¡Te juro que por esto voy teniendo más miedo á la locura que á la muerte!

»¡Fuente de amor! ¡Tú fuiste en mis dolores el único consuelo!

¡Sí! ¡Tú echarás sobre mi tumba flores!

¡Tengo en ti tanta fe como en el cielo!

»El ser que más te ha amado y que más te ama te dice ¡adiós, querida!

¡No puedo más! ¡Adiós! ¡Caigo en la cama, que he de dejar tan sólo con la vida!»

## III

Y escribe cinco copias, y galante remite la primera á *Catalina Ariosto*, que, radiante, lleva en sus ojos de su patria el cielo, y tiene una mirada más brillante que el lustroso azabache de su pelo.

Por ingenio pagana, sigue amando los ídolos caídos, y aunque es, como italiana, católica, apostólica, romana, es su culto el amor de los sentidos; mas, de pureza y santidad modelo, como es al acostarse un poco atea, envuelve á la Madona con un velo por devoción y porque no la vea.

Esta hermosa italiana, que en Venecia algún día á espaldas de otro necio y su marido con mucha gracia con don Juan vivía, suele tener desde su amor primero un sistema nervioso tan somero, que el sol de Italia con furor reseca, y que ¡ay! aunque es para el placer de acero, como un cristal lo rompe la jaqueca.

Por eso, aunque anhelante no dirige suspiros á la luna, es capaz, en un caso interesante, de abandonar su casa y su fortuna por seguir á los montes á un amante.

## IV

Y decidido á despachar de prisa, con la perfidia en sus amores propia, mandó don Juan, después de cierta risa, á *Fanny Moore* la segunda copia.

Fanny, una inglesa de afecciones tiernas, que no quiso marido después que por don Juan hubo sabido que las lunas de miel no son eternas; que es para amar más dura que los broncees, pues, aunque fué sensible, menos cuando se quema, como entonces,

se juzga una mujer incombustible;  
que sólo enamorada  
de una cosa sin nombre,  
después que por un hombre fué engañada  
ya, más que amar á un hombre, amaba al hombre.

*Fanny Moore*, ya tarde arrepentida,  
después de conocer muchos ingratos,  
sacó por consecuencia que en la vida  
valen más que el amor unos zapatos.

Mujer á los quince años byroniana,  
y á los treinta rabiosa luterana,  
se fué haciendo devota  
al ver su juventud algo remota.

Con cierto aire de cisne fatigado  
un ropón, muy estrecho y mal cortado,  
suele colgar de sí cuando se viste,  
y, después que don Juan la hubo olvidado,  
como único recurso se hizo triste.

Alta, seca, angulosa de estructura,  
glacial y de linfática blancura,  
con tono magistral y algo altanera,  
aspirando á ser cuáquera en lo austera,  
una infanta de España parecía,  
pues, sin ser una reina, se aburría  
con el mismo interés que si lo fuera.

Mas la grave doctora  
si se hubiera casado, hubiera sido  
casta, firme y leal á su marido,  
inmutable en su hogar y pensadora;  
pues, recatada ahora,  
siempre mira á las Venus de soslayo  
en gracia á su pudor intransigente,  
y, con ver un Cupido solamente,  
se pone azul, se irrita hasta el desmayo,  
y entre otras muchas cosas  
después que *Miss* á envejecer empieza,  
la virtud se le sube á la cabeza  
y siente congestiones religiosas.

## V

El ingenio después don Juan aguza  
para escribir con letra más galana  
á *Julia Calderón*, que era andaluza,  
y allá va lo más grave, sevillana;  
que, de sus quince en los primeros meses,  
ya amó para casarse al fin del año,  
y, lo que es más extraño,  
que encantó á los catorce á dos ingleses.

Julia, mujer amable,  
de corazón ardiente,  
que al amor y á la iglesia juntamente  
se consagra con celo infatigable,  
sintiendo en la expansión de algún sentido  
no sé qué de resuelto y atrevido,  
despreciando el amor de cierto conde  
por irse con don Juan yo no sé dónde,  
dejó de ser mujer de su marido.

A esta alma tan sensible,  
caprichosa y amante,  
á veces le acomete un imposible,  
que es el dejar de ser interesante.

Sin ser mala, tenía distracciones,  
y como todos, todos la encontraban  
muy leal á sus nuevas afecciones,  
todos, todos, después la perdonaban  
la insigne buena fe de sus traiciones.  
Con flores de naranjo en la cabeza,  
la produce el azahar vértigos tales,  
que, enemiga de amores ideales,  
habla en ella esa gran naturaleza  
que impele á hacer mil cosas naturales.

## VI

A *Margarita Goethe* escribió luego;  
una alemana hermosa  
muy sabia y muy curiosa,  
repleta de latín, llena de griego;  
un serafín de Rubens colorado,  
de ojos azules, que el candor agranda,  
que muestra en su conjunto redondeado,  
con un aire indolente y ocupado,  
bajo un rostro que duerme, un cuerpo que anda.

Es, en lo humano, esta mujer divina  
con espalda de cisne, blanca y gruesa,  
una hermosa princesa palatina  
que hace sudar al verla tan obesa;  
y haciendo vulgarmente esta princesa  
ciertas exploraciones  
en un viaje ideal de sensaciones,  
á don Juan vió una vez desde un convento,  
y, como era su guía el sentimiento,  
llegó á lo real por medio de ilusiones.

Hija octava, pero hija interesante,  
de una flamenca agricultora y bella,  
que echó tierra en la boca de un amante  
para criar un tulipán en ella,

mas de amor tan sincero y tan profundo  
que, á pesar de caprichos tan extraños,  
llegó á tener diez hijos en ocho años  
con la mayor serenidad del mundo.

## VII

Riendo con los labios solamente  
don Juan, la quinta copia, impertinente,  
manda á *Luisa Chenier*, mujer amante  
que pone seductora  
en relación lo bello y lo elegante,  
y que, aunque algo chafada por delante,  
es, vista de perfil, encantadora.

Aunque Luisa encanece,  
es por eso tal vez menos coqueta,  
pues, cual vieja veleta,  
se fija más conforme se enmohece.  
Ninguna otra mujer como ella sabe  
modular el acento,  
para que suene en el mejor momento  
entre voz de mujer y canto de ave.  
Sólo ella acierta de agradar los modos,  
pues, con gracia, y graciosa para todos,  
va causando un motin por donde pasa.  
Baila con arte, y charla por los codos.  
Vivaracha y afable,  
y ubicua y perspicaz, hace en su casa  
los honores con gracia inimitable.

Pérfida y melindrosa,  
á disgustos matando á su marido,  
ama viuda al esposo que ha perdido;  
y, deliciosamente,  
hasta por ser donosa,  
se la echa de inocente  
lo mismo que una Lady vaporosa.

Para todo ligera,  
no siempre hace pensar, mas siempre encanta;  
y aunque algo aprisa y de cualquier manera,  
caza, pinta, enamora, ríe y canta;  
y artista de placer, de ingenio llena,  
con astucia discurre  
que más que un Juan que desdeñado pena  
sufrir un don Juan hastiado que se aburre.

## VIII

Y después que don Juan remitió artero  
las cinco copias á las cinco bellas,  
exclamó placentero:

—Ya he cumplido con ellas.—  
Y á su oficio volvió de caballero,  
que era hace tiempo el de vaciar botellas.

A impulso de Montilla que le inflama,  
cayó cual un cadáver en el hoyo,  
y al fin del mes se despertó en la cama  
como un Baco en el medio del arroyo;  
y con ojos que apenas se entreabían,  
miró cinco respuestas  
en la mesa revuelta en que yacían,  
y después de exclamar:—¿Qué dirán éstas?—  
abrió las cinco cartas, que decían:  
«Voy» contestó la inglesa;  
y «Voy» le contesta la italiana;  
y sus ojos atónitos miraron  
que, en pos de la española y la francesa,  
también se lo decía la alemana,  
y, maldiciendo la ternura humana,  
aquellos cinco *voy* le consternaron.

Al contemplar el trasnochado amante  
aquella muestra general de aprecio,  
quedó don Juan en tan supremo instante  
con todo el aire necio  
de un poeta que busca un consonante;  
pues decir de don Juan se me olvidaba  
que el amor que á las cinco profesaba  
es como cierto cuento que una abuela  
me solía contar con sentimiento,  
y que, aunque el crimen confesar me duela,  
no me acuerdo ya de ella ni del cuento.

## IX

Afortunadamente  
la inglesa y la italiana,  
la francesa después y la alemana,  
tardaron en llegar por lo siguiente:  
aunque fuese más casta que Diana,  
como era el corazón de la italiana  
mezcla del genio griego y del latino,  
todo el mundo asegura  
que, en un lugar á Castellón vecino,  
se detuvo á mirar á un campesino

que era igual á un Apolo en la figura ;  
y yo lo creo así, porque 1.º ignoro  
que ella hacía las cosas más extrañas  
por religión, por arte, por decoro,  
por buscar en las ruinas un tesoro,  
por huir *del mal de ojo* á las montañas,  
por bondad natural de sus entrañas  
y por lucir sus arracadas de oro.

## X

Y la inglesa ¿qué hacía?  
La inglesa, á quien un Lord la llamaría  
«mujer de distinción y de modales»,  
aunque ya no es muy joven, todavía  
quiere tener encuentros infernales.

Y los tiene; si bien en ocasiones  
le gusta mucho parecer bisoña,  
como toda mujer de pretensiones  
que necesita amar y es muy gazmoña;  
y ama, como quien siente  
haber sido una vez condescendiente,  
pues con respecto á amores  
ya ha visto, con perdón de sus deberes,  
las cadenas de flores  
que los hombres traidores  
enlazan á los pies de las mujeres.

Como su honor es joya  
que guarda, con dos vueltas, bajo llave,  
lo que ama en Dios lo apoya,  
que el abandono por mayor no cabe  
en la instrucción de una mujer que sabe  
que fué el amor la perdición de Troya.

Mas como al fin su pecho es pecho humano,  
con la Biblia en la mano  
(que la suele entender sabe Dios cómo)  
camina cual un plomo,  
porque á un joven é incrédulo marino  
que encontró en el camino,  
silbando inglés le enseña á ser cristiano;  
y Fanny de esta suerte,  
volviendo al cuerpo de un papista el alma,  
caminando con calma,  
como es tan desgraciada, se divierte.

## XI

Su paso la francesa deteniendo,  
como quien va con ansia descubriendo

en el azul del cielo un millonario,  
se encontró con el caso extraordinario  
de que hirió á un oficial un bandolero,  
y ella al bandido desarmó primero,  
y al oficial después curó la herida,  
porque Luisa Chenier, como ya he dicho,  
beneficencia, amor, gracia, capricho,  
ligereza y amor, tal es su vida.

## XII

Muy detrás de la inglesa y la italiana  
camina la alemana  
leyendo un gran latino, y hasta creo  
que estudiando botánica en Linneo  
(porque, entre otras rarezas que tenía,  
criar la rosa azul fué su manía),  
y al llegar á Valencia,  
la ciudad de más ciencia  
en materia de rosas y de amores,  
se detuvo á estudiar filosofía  
con un joven muy docto, que sabía  
que un musgo es una pléyade de flores;  
mas la dejó estudiar, porque aseguro  
que no hará más que acciones decorosas  
su tierno corazón, que salió puro  
de diez ó doce intrigas amorosas.

## XIII

Al «voy» de aquellas fieles hermosuras,  
infidel don Juan, premeditó una huída,  
pues la mucha tensión de sus venturas  
ya ha roto los resortes de su vida;  
y lo mismo que el que huye de una hiena,  
abandona don Juan á Cartagena  
con la esperanza vana  
de que ninguna en su excursión le siga;  
pero Julia, ardorosa y sevillana,  
era española, y la nobleza obliga;  
y le sigue, y le sigue, y entretanto  
que ella corre eficaz tras del amante,  
él, escapando de ella con espanto,  
mientras mira hacia atrás, sigue adelante.  
Y á su edad, bien comprendo  
que por andar huyendo  
del fulgor de unos ojos españoles,  
fuese don Juan capaz de andar corriendo  
diversas tierras y diversos soles.

## XIV

Caminando don Juan sin rumbo cierto,  
 vió á la derecha el sol, y ya orientado,  
 de Torrevieja hacia el estéril puerto  
 por el terror llevado,  
 corrió como escapado  
 lo mismo que Mazeppa hacia el desierto;  
 mas, como es la mujer un torbellino  
 de tul, de terciopelos y de encajes,  
 oyó don Juan tras sí por el camino  
 el rumor peregrino  
 que harían, al moverse, unos ramajes;  
 y con la prisa y el terror de un ciervo,  
 cruzó del Pinatar la antigua aldea,  
 y al llegar por la *Rambla de la Glea*  
 á la *Peña del Cuervo*,  
 don Juan, ya fatigado,  
 respira, toma aliento,  
 y después, apoyado  
 contra el tronco de un árbol corpulento,  
 digno de ser por Títilo cantado,  
 no lejos del edén de *Matamoros*,  
 vió, en el sitio de que hablo,  
 una cueva en la cual enterró el diablo  
 al último rey godo y sus tesoros;  
 y al verla tan oculta entre dos cerros,  
 huyendo del amor que ya le aterra,  
 en ella se escondió bajo la tierra,  
 cual liebre que se escapa de los perros.

## XV

Quando oculto don Juan (más divertido  
 que al lado de la joven más risueña),  
 se encontraba metido  
 como un sapo en el hueco de una peña,  
 Julia á la cueva se asomó entretanto  
 por cima de una loma,  
 como aquella paloma  
 que trajo á Clodoveo el óleo santo;  
 y antes, mucho antes, que don Juan la viese,  
 con furia le da abrazos y le besa  
 con la gracia del tigre que extendiese  
 las garras por encima de su presa;  
 y al mirar que no hay medio  
 de evadir su existencia del asedio  
 de una mujer tan bella,

don Juan siente junto á ella  
 la angustia complicada con el tedio;  
 y es que, habiendo querido con vehemencia,  
 su corazón gastado, estaba frío.  
 Vuelve el amor del odio y de la ausencia;  
 pero no del desprecio y del hastío.

## XVI

Al ver amor tan tierno,  
 don Juan contiene con vergüenza el lloro,  
 y con dolor—¡Misericordia!—exclama,  
 cuyo gemir sonoro  
 tan sólo encontró un eco en el infierno;  
 y Julia, repitiéndole:—¡Te adoro!—  
 le envuelve de sus ojos en la llama,  
 y con piedad inmensa  
 con los labios cubriéndole la boca,  
 su último aliento aspira, y le sofoca;  
 y don Juan, sofocado,  
 dirige al cielo una mirada extensa,  
 y por Julia, al morir, acariciado,  
 de su amor le dedica en recompensa  
 una lúgubre risa de forzado.

## XVII

La pobre Julia luego,  
 por un impulso de cariño extraño,  
 le dió un beso de fuego  
 que matándole al fin le hizo un gran daño;  
 y viajó después mucho, hasta que un día,  
 pensando en sus amores,  
 brotó de su tristeza la alegría  
 como se crían en las tumbas flores.

Con respecto á don Juan no pasó nada.  
 Sólo se habló del tético homicidio  
 de un cierto inglés á quien mató el fastidio  
 de un barranco á la entrada;  
 y como, por las señas,  
 era, más bien que un loco,  
 un bribón escapado de presidio,  
 ninguno fué á llorarle, ni tampoco  
 su cadáver sacó de entre las breñas,  
 al cual se le comieron poco á poco  
 las aves que habitaban en las peñas.

Muerto el gran amador, de puro amado,  
 fué por su mala suerte

comido por los cuervos y olvidado...  
Como todo buen mozo jubilado,  
su vida hizo más ruido que su muerte.

## CANTO SEGUNDO

## LAS MUJERES EN EL CIELO

## I

Muerto don Juan por fin, y muertas ellas,  
el linde al trasponer del otro mundo  
(según refiere un teólogo profundo  
que sabe lo que pasa en las estrellas),  
conforme iban entrando,  
un ángel grave, de equidad modelo,  
fué sus almas pesando  
en medio del vestibulo del cielo.

Y mientras con delicia  
ve el ángel de la gracia y la justicia  
que, por su grande amor y su esperanza,  
pesaban de ellas más en la balanza  
los días buenos que las malas horas,  
y con risa inefable  
el ángel á las cinco pecadoras  
les promete la gloria perdurable,  
ve don Juan con espanto  
que sus muchos pecados pesan tanto  
que lo pintan, como es, abominable.

Pero él el fallo del Señor, sumiso  
aguarda esperanzado, porque sabe  
que aquellas cinco hermosas  
que él quiso, ó mejor dicho, que él no quiso,  
aunque sea robando alguna llave  
á espaldas de san Pedro, generosas  
las puertas le abrirán del paraíso.

## II

Y la fe que tenía  
en sus pobres amantes, ya gloriosas,  
era justa, á fe mía,  
porque ¿quién lo creería?  
aquellas cinco víctimas piadosas  
que don Juan tantas veces ha vendido,  
al cielo le han pedido  
que salve del bribón el alma impía,

y Dios, por excepción, ha permitido  
que don Juan pueda ser en aquel día  
por los méritos de ellas redimido.

¡Oh encantadores seres  
del alma humana incomprensible abismo!  
¡Si el hombre sabe poco de sí mismo,  
sabe menos quizás de las mujeres!

¡Por eso yo, que indago su destino,  
y el alma humana en estudiar me afano,  
veo en el hombre el corazón humano  
y en la mujer el corazón divino!

¡Y por eso por ellas,  
en mis locos amores,  
del mundo entero devasté las flores,  
y descolgué del cielo las estrellas;  
y por eso jamás el alma mía,  
pintándolas un día y otro día,  
pudo agotar sus gracias por escrito,  
porque pintar una mujer sería  
verter lo inagotable en lo infinito!

## III

La entusiasta italiana que veía  
perder un alma que salvar quería;  
que, siempre seductora  
á aquella luz de un alma sin aurora,  
como era tan morena, parecía  
una flor colonial encantadora,  
viva, arrebatadora,  
sobre el platillo que don Juan vencía  
este mérito echó que le sobraba,  
y es la alta acción de que jamás cantaba  
una canción de frases muy picantes  
que aprendió siendo joven, y mucho antes  
de saber la malicia que encerraba.

Mas con tristeza viendo  
la poca gravedad de tal presente,  
fué echando en el platillo lentamente  
todas las penas que sufrió, teniendo  
una jaqueca, á ratos, persistente;  
y viendo que tampoco esos dolores  
alcanzaban para él el paraíso,  
echó después sus méritos mejores,  
que son los de hacer caso á sus mayores  
en tanto que quisieron lo que quiso.